



PERIÓDICO SATÍRICO BISEMANAL, CON CARICATURAS

POR UN PERRO GRANDE

Año II.

Sevilla, 18 de Diciembre de 1880.

Núm. 126.



PALIQUE

—Sr. Ayuntamiento: ¿Quiere V. E. mostrarse parte en la causa que se sigue en este Juzgado contra algunos servidores de la Administración municipal que, en el desempeño de sus respectivos cargos, padecieron equivocaciones lamentables?—Así preguntó un día, no lejano, cierto Juez de primera instancia de uno de los distritos de esta capital al muy noble, leal y excelentísimo Capítulo hispalense.

Y éste contestó, sin perder instante:

—¡No señor!... Si esos chicos tuvieron debilidades un tanto escandalosas, bastante castigo les impuso *mi excelencia* con limpiarles el comedero en tiempo oportuno. No quiero mostrarme parte en ese asunto para que no digan que me gusta *recargar* y apurar la suerte.

Y, dicho esto, volvió la espalda por ver lo que pasaba en la Comisión de Obras públicas, que es la comisión del *perpétuo meneo*, como llama D. Tomás al movimiento continuo.

—¿Quiere V. E.—preguntó otro Juzgado de primera instancia—mostrarse parte en la causa que se sigue por robo ó desaparición injustificada de una cantidad considerable de palos y maderas?...

—¡No siga su señoría!...—interrumpió el interpelado.—Tampoco me muestro parte en ese belén empalagoso, que me ha dado muy malos ratos y varias indigestiones. Haga V. S. lo que le plazca, como representante de la ley, que yo no tengo tiempo para acabar el fregado que traigo entre manos, ni quiero perder de vista otros quehaceres más provechosos.

Y, dando por terminado el diálogo, su excelencia capitular se puso á silbar con indiferencia algunos aires de música celestial.

Ocupado se hallaba el Concejo en tan árdua tarea cuando otro Sr. Juez se le vino encima con esta interpelación seductora:

—¡Señor, excelentísimo señor!... ¿Le metemos mano á *Los Debates*?...

—¿Eh? ¿quién anda ahí?...—respondió el Capítulo con voz aguardentosa, ó, mejor dicho, con el acento ronco de una garganta averiada por los excesos.

—Digo, que si le buscamos el bulto á *Los Debates*....

—¿Ese es un Concejal de la minoría?

—Peor que eso. *Los Debates* es un periódico de oposición, que pica más que la mostaza inglesa.

—Sin embargo, yo no quiero enredos ni cuestiones con nadie, incluso con ese Sr. *Debates* de que usted habla. El Cabildo debe permanecer extraño....

—¡Alto allá y páre V. E. la jaca!...—dijeron los dos purísimos soles del cielo municipal.—¡Alto allá!—repitieron los Capitulares jurisperitos Sres. Pego y Mejía.—Si el Ayuntamiento no ha querido mostrarse parte en causas por robos y estafas, hoy, que se trata de una publicación periódica, no puede excusarse de invertir algunos miles de reales en sostener el proceso contra aquélla. Así lo exigen el decoro de V. E., los intereses de V. E., el prestigio de V. E. y la bilis particular de estos humildes servidores de V. E.

Y *vucencia* se quedó con tanta boca abierta como el que recibe un cogotazo de mano invisible ó el que cae inopinadamente de su burro.

—De modo es—dijo *vucencia*, algun tanto repuesto—

que yo.... es decir, que nosotros debemos arremeter con *Los Debates* y tundirle para escarmiento de pícaros y ejemplaridad y enseñanza de otros tales.

—¡Pues ya se ve que sí!—dijeron el propietario de la casa número 100 de la calle de Gravina y el genio tutelar de la caseta municipal sita en la puerta de Jerez.

—Ya lo oye usted, Sr. Juez. *Mi excelencia* y los amigos optan en el caso presente por la guerra sin cuartel contra *Los Debates*, que no es un empleado infiel ni un *irregularizador* de palos y maderas, pero que se atreve á freirnos la sangre con sus cáusticas censuras y sus interminables epigramas.

Salió el Juez conmovido y no menos conmovidos quedaron los Ediles, aunque mostrando en el semblante la resolución que anima á los héroes en los instantes supremos.

Y quedará humillada

Con eterno baldon la saña fiera

Del crúel enemigo, y castigada,

Del furor judicial á los embates,

Esa insolencia audaz de *Los Debates*,

Ciega publicación, órgano aleve

De la opinion ligera y retozona,

Que tales cosas á decir se atreve

De tan ilustre y sin igual persona.

Si de Paco dijeras

—¡Oh, diario infeliz!—que es un prodigio;

Si en honor y prestigio

De Pego y de Mejías sostuvieras

Que son entrámbos de la patria orgullo,

Y aplaudieses sus trazos y sus trazas,

De tremendo apabullo

No te afligieran hoy las amenazas.

Dile á Perez Mateo

Que rompa líneas y provoque gastos

Con sus proyectos vastos,

Que prueban su afición por el aseo;

Dile que siga y siga;

Que, laboriosa hormiga,

Nunca el camino de su objeto tuerza....

¡Que nos haga felices á la fuerza!

Empuña el incensario

Y, del día á la luz y sin misterios,

Ofréceles sahumeros

Á Palomo y Quintano,

Pues que amigotes son del humo vano.

Inciensa al grande, al chico,

Al que afloja y aprieta,

Al que sabe la treta,

Al que por no saberla le dan mico,

Y nunca los temores

De lance criminoso

Te asaltarán, ni Ediles guerreadores

Te sitiarán con ánimo furioso.

No des en escribanos y alguaciles;

Aplaude hasta.... que llueva,

Que, ó yo me voy chiflando, ó los Ediles

Tendrán muy pronto que soltar la breva.

EL ALABARDERO EN HUELVA

Sr. de Alabardero:

Huelva y tantos, etc.

En lugar de una carta, de mejor gana le mandaría un escopetazo; pero ya que esto no puede ser por *mor* de la justicia y por otras causas, prepare usted los oídos, que va usted á oír las verdades, si no del barquero, porque yo no las conozco, las de un Concejal agraviado, que si no tiene el sable de Castañeda para dar tajos y mandobles, tiene una *jacha* bien afilada, de que pueden dar noticia los concurrentes á la reunion matinal del Círculo Mercantil.

Usted ¿por quiénes nos ha tomado, so *pelgar*?... ¿Cree usted, acaso, que nosotros somos unos mansos corderos (que más quisiera el Alcalde) que hemos de sufrir con paciencia que usted nos traiga y nos lleve y nos *alabardee* sin que protestemos? Nó señor; y por cada satirilla insulsa, y por cada frase deslabazada que usted nos dirija, nosotros, ó por lo ménos yo, le he de decir á voz en grito más improprios que lentejas dan por mil duros ó que actas archiva quien dijimos, que viene á ser lo mismo; y desde la Plaza de Abastos hasta el Círculo Mercantil he de armar cada tiberio contra usted que ha de valer por diez, y le he de insultar á usted y á todo aquel que á mí se me meta en la molera que tiene algo que ver con usted, aunque no haga más que saludarlo al pasar, ó aunque no lo conozca más que de vista.

Yo sé que algunos de los aludidos en su desgraciado artículo de la semana anterior se han reído tomándolo la cosa á broma; ellos pueden hacer de su capa un sayo, y si les caen en gracia sus tonterías, que con su pan se lo coman, y buen provecho; pero yo, que tengo mi alma en mi almario, no he de consentir que nadie me toque ni al pelo de dehe... digo, de la ropa, y ¡voto val que como dé usted en meterse conmigo, señor tal por cual, que he de hacer y acontecer, y le he de cortar á usted cercen á cercen por mitad del cuerpo, y además todo lo cortable; y no sólo á usted, sino á toda la familia presente, pretérita y futura, parientes espirituales inclusive; que no he de dejar ni un alabardero-illo tamaño como un dedo meñique para que lo cuente.

¿Está bien lo que usted hace? Vamos á ver; ¿está ni siquiera medio regular que se meta á criticar nuestros actos? ¿Nos metemos nosotros con usted ni con nadie; es decir, ni con casi nadie de fuera de la ciudad? Mire usted; que usted nos diga que el Alcalde no perderá nunca el cariño á las vacas, que nos cuente que Castañeda tiene un sable, y hasta que nos diga algo de los amigos del país, todo está muy bien, y hasta tiene gracia, y nosotros nos divertimos en la reunion matinal del Círculo leyendo esas cosas; ahí, ahí que no nos duele; diviértanos usted á costa de los demás; pero no nos toque usted á nosotros, sobre todo á mí, porque no es justo; á ellos, á ellos, que bien lo merecen; más meterse con nosotros es una injusticia, primero porque somos nosotros, y segundo porque no somos criticables, y cuando nosotros lo decimos figúrese usted si lo sabremos.

Usted que alardea de imparcial ¿cómo se atreve á hacer calificaciones tan injustas y ofensivas? porque la falsedad de sus asertos salta á la vista; individuo hay á quien recomienda la templanza y es una captoplasma de malvas, como lo ha demostrado despues de la lectura de su insulto artículo; individuo á quien habla usted de formalidad, y ha de morir... excusado es decir cómo; é individuo á quien le recomienda que se afine y sabe llevar levita de faldones largos.

Ha de saber usted, además, que si usted presume de gracioso se lleva un solemne chasco; que maldita la sal que tienen sus escritos, y que si quiere usted aprender gracia pásese usted algunas mañanas por la reunion del Círculo. ¡Aquello sí que es canela! ¡Allí aprenderá de algunos individuos—y de mí, aunque mal me esté el decirlo—lo que es la crítica con salero! ¡Qué más quisiera usted! ¡Si sé yo derrochar más gracia en un chisme de vecindad que gasta usted en todo el año embadurnando papel.

Por fin; ándese usted con cuidado, porque yo ando oliendo quién es usted, y como lo averigüe, como le llegue á echar la zarpa encima, ¡lo divido! Conque guárdese usted, y guarde usted la familia, y me alegraré que no haya salud.

UN AGRAVIADO.

Sr. de Agraviado:

Muy arrepentido estoy de haberle ofendido á usted, aunque no tanto como estarán los electores de haberle llevado al Ayuntamiento.

Comprendo que tiene usted razon, y vaya la franqueza de mi confesion como descargo de culpa.

He tenido en poco la inviolabilidad concejil, lo confieso; *mea culpa, mea culpa*.

Porque, vamos á ver: ¿qué motivo tengo yo para criticarle á usted? Que se haya agitado el cuerpo electoral, que se hayan hecho unas elecciones renidísimas, que se hayan ganado contra viento y marea, y que despues usted y otros como usted no hayan parecido por el Ayuntamiento, y todo haya continuado manga por hombro, ¿es motivo bastante para tirarles una chinita, aunque no sea más que como estímulo para que ustedes se muevan? ¡Qué ha de ser!

Comprendo, además, que mi crítica es agresiva, injusta, inconveniente, malévola; ¡todo lo que usted quiera! Sentarse una mañanita de estas frías al calorcillo de la chimenea,—no digo precisamente en el saloncillo del Mercantil, en otra cualquier parte, para el caso es lo mismo,—rodeado de una docena de conocidos, todos pendientes de la lengua más reticente, hechos oídos para no perder ni la palabra que se dice á medias, ni la entonacion maliciosa que da color á la frase, y allí, en confianza, en el seno de la amistad que despelleja, soltar la lengua, ¡no importa que se traspase el dintel del hogar doméstico! ¡no importa que se llegue hasta el sagrado de las intenciones! ¡no importa que el asunto sea público ó privado, si tiene malicia! Esto, esto sí que tiene gracia; esto sí que es plausible; esto sí que corrige las costumbres, que moraliza la sociedad. Si el cristal de una honra se empaña, ¡qué importa, si todo queda en un pequeño círculo! Es verdad que los diez que lo han oído lo cuentan al salir de allí á otros diez, y éstos á otros, y es, como la mancha de aceite, un punto al principio; crece y crece constantemente, y crece siempre, hasta que lo invade todo,

Pero la crítica periodística, sujeta á las leyes, desde el Código hasta la especial de imprenta; la crítica pública, que permite públicamente tambien la defensa, que llega sin dificultad á conocimiento de aquel á quien se dirige y le da medios para deshacer cualquier imputacion falsa ó injusta, esa es una crítica condenable, que no puede tolerarse, que no debía consentirse.

¡Y qué satisfaccion tan grande experimenta el individuo cuando llega á adquirir fama de tener una *hacha* bien afilada! ¡Cómo se explica el alma cuando se oye decir á veinte lenguas á un tiempo: «¡Aquí está Fulano; venga usted acá; cuéntenos usted algo; éste sí que sabe todo lo que pasa en el pueblo!» ¡Y qué gloria cuando se ha conseguido contar la anécdota más picante de la sesion! ¡Éste sí que es un digno empleo de las más nobles facultades humanas; de esas facultades por las cuales el hombre es imágen de Dios, aunque algunas veces no lo parezca!

Tiene usted razon, Sr. de Agraviado, y todos los que como usted han puesto el grito en el cielo por una calificacion inofensiva; tienen ustedes razon que les sobra; me declaro arrepentido, y desde ahora proclamo que son ustedes los mejores Concejales habidos y por haber; que merecen ustedes desde la reeleccion hasta el Apoteosis; que todo lo que hacen lo hacen bien y lo que no hacen lo mismo, y que yo procuraré no dar en adelante motivo para que se les alteren los nervios. En fin; comprendo que lo hacen ustedes tan bien, que si no suelto el trapo á llorar es porque no soy de la parroquia.

Y para que usted, Sr. de Agraviado, no pase fatigas negras por saber quién escribe estas cosas, tambien se lo voy á decir, que á mí no me duelen prendas; las escribe su seguro servidor y amigo, Q. B. S. M.,
EL ALABARDERO.



SAN FERNANDO

Son días tan ocupados
Los que se acercan á Pascua,
Hay tantas cosas pendientes,
Tanto gasto en lontananza,
Se esperan huelgas tan gordas,
La bolsa está tan marraja,
Que no se suelta ni un perro
Por miedo de que haga falta.
Este, sin duda, es el caso;
Esta, sin duda, la causa
De que San Fernando esté
Con la tisis agarrada.
Pesquisas y Escapatorias
Es la usual ensalada
Que al público da Albarran;
Y aunque se le echó por salsa
Algunos *Dominós* blancos
En la pasada semana,
Como era el guisado añejo,
Pasó el plato sin gustarla.
Esta noche otro espectáculo
Más grave se nos prepara;
De la señora Civil
Una obra histórico-trágica.
Si con las reglas del arte
La Empresa la presentara,
Y los detalles artísticos
Y la música y las galas
Llenaran ciertos vacíos
Que á la simple vista saltan,
Todavía el pobre público
Pudiera batir las palmas
Á la señora Civil
Que, en la tragedia y el drama,
Apesar de los pesares,
En sus dominios se halla.
Pero no será; lo sé:
Cosa que cueste *la graja*
Y en que no se vea claro
Como el sol por la mañana,
No la hace don José
Ni por nadie ni por nada.
El pan pan y el vino vino;
A vivir y hasta la Pascua.
Por lo pronto, ya verá
La Empresa cómico-trágica
Que se anticipa el *Modesto*
Á sacar el zumo al drama
Último de Echegaray
Con Tamayo y su comparsa.

EL DUQUE

Por fin llegó la hora en que, como alabardero imparcial, tribute mis elogios á la Empresa del *Modesto*. D. Agustín y compañeros márti-

PASCUAS



LOS QUE LLORAN



LOS QUE RIEN

res, viendo que en *El caudillo de Baza* les había salido el tiro por la culata, y no lograron ni honra ni dinero, han cargado con *Sueños de oro* y disparado sobre el público en la noche del miércoles. Certero ha sido el disparo, y yo aplaudo la puntería.

Conocidos son el argumento y la música de la obra de Larra y Barbieri para que nos detengamos á examinar el libro del uno y la partitura del otro; vamos, pues, á ocuparnos del desempeño que ha obtenido en el escenario del *Modesto*. Digámoslo en pocas palabras. Todos se han esmerado en el desempeño de sus papeles. Las Sras. Ávila, Latorre y Puigsegú, bien. D. Agustín, diciendo su parte de *Pascual* con discreción. El Sr. Rodríguez, si no ha comprendido bien la filosofía del tío *Roque*, suple esta falta con haber dejado de ser el payaso de otras noches; en cambio el Sr. Cabas se encargó de sustituirlo. El Sr. Berros, en el príncipe *Colasino*, mejor que esperábamos. En general todos han procurado cumplir. Las decoraciones, debidas al pincel del Sr. Matarredona, son aceptables.

Basta de bombo, y hasta otra, D. Agustín.

Para la próxima semana se anuncia en este teatro *La muerte en los labios*, último drama del Sr. Echegaray, puesto en escena por la compañía dramática del Sr. Tamayo, que viene de Cádiz con objeto de ganarse algunos cuartos y de que no se olviden los sevillanos de que aún existen *Tamayo, Galvan* y *Compañía*.

CENTRO

Amigo D. Antonio: Ahora no tienen los cómicos la excusa del poco personal para dejar de dar variedad á las representaciones.

Apriételes usted las clavijas, y que no se duerman.

Esta noche prometo ir á ver *El pañuelo de yerbas*; veremos cómo sale.

Aprovecho esta ocasión para darle mi enhorabuena por el éxito obtenido con sus bailes de máscaras. Por lo que he visto, la concurrencia ha sido numerosa y escogida, y el servicio del ambigú excelente. (Esto lo sé por referencia.) En cuanto tenga ocasión voy á poner en EL ALABARDERO que el que tenga cinco duros y no sepa en qué gastarlos venga esta noche de doce á cinco de la mañana al baile.

¿Le gusta á usted el anuncio?

¡Qué sonrisa tan sonriente!



Hé aquí la cuenta del célebre banquete:

FALLOLA ET COMPAGNIE

GRAN HOTEL DE PARIS

Cuenta del banquete dado en honor del Excelentísimo Sr. D. Francisco Romero Robledo.

	Reales
156 botellas de Jerez, á 20 rs.	3,120
250 de Burdeos, á 25 rs.	6,250
317 de Champagne, á 40 rs.	12,680
12 de Cognac, á 50 rs.	600
6 de anisete de Burdeos, á 60 rs.	360
400 cafés, á 3 rs.	1,200
410 cubiertos, á 120 rs.	49,200
De alumbrado:	1,000
Comida de la prensa	2,000
Comida de los músicos	500
Comida de los telegrafistas	320
TOTAL.	77,230

Á lo que se ha dicho por *Los Debates* debemos añadir nosotros que la prensa que debió comer los dos mil reales, de los cuales sólo la *partida* nos hemós comido nosotros, debió de ser la prensa de ellos, lo cual no es preciso que se particularice en letras de molde.

No hay, por lo tanto, por qué alarmarse. Los músicos, por ejemplo, tienen su comida fijada en la misma cuenta; claro es que sólo se trata de los músicos que gastaron su aire en la solemnidad; y de ningún modo de otros músicos. ¿Á que no se cree aludido el Sr. Bergalí?

García Gutiérrez ha dado al teatro de la Comedia un nuevo drama titulado *Un grano de arena*.

Está escrito en verso, tiene tres actos, y apesar de lo que prometo su título ha hecho bullo.

Hay quien asegura que á través de ese microscópico grano de arena se ve la gigante figura del autor de *Juan Lorenzo* y *Venganza catalana*.

Lo creo sin necesidad de que lo firmen ciertos caballeros particulares.

Hé aquí algunos detalles dados por los periódicos de Madrid sobre el teatro de Murcia, en el que actúa el conocido actor D. Pedro Delgado.

«Con una función solemne y extraordinaria y una concurrencia numerosísima se inauguró el sábado por la noche el teatro de Murcia, que lleva el nombre del murciano Romea. Devorado por un incendio que duró dos días en Febrero de 1876, se empezó á descombrar en Mayo del 79; y el Ayuntamiento, que había recibido 93,000 pesetas de la compañía de seguros *La Urbana*, convocó á los accionistas, á quienes se debían el capital de las acciones y muchos años de intereses, para acordar sobre la aplicación de aquel dinero.

»Los accionistas, con patriótico desprendimiento, cedieron para la reedificación lo que hubieran podido reclamar como suyo, y el Ayuntamiento correspondió con darles participación en la Empresa reconstructora. La comisión, presidida por el Alcalde Sr. Hernandez Amores y compuesta de individuos del Ayuntamiento y representantes de los accionistas, ha llegado unida y compacta al término de la obra. ¡Noble ejemplo que imitar!

»Toda Murcia asistió á la función. Una magnífica sinfonía á banda y orquesta; una inspirada loa escrita *ad hoc*; lectura de poesías alusivas; otras dos piezas musicales; la representación de *La Jura en Santa Gadea*, por la compañía que dirige el gran actor Delgado, y la de un juguete cómico, formaron el programa del espectáculo, que correspondió ciertamente á la grandeza del acto.

»La obra de reedificación ha costado 36,000 duros. La comisión ha escatimado hasta el céntimo; ha luchado con operarios, contratistas y artistas; no ha hecho rico ni favorecido á nadie; ha cumplido fielmente con su deber. ¡Noble ejemplo que imitar! repetimos, por no ser muchos los que de este género se registran en nuestros malhadados tiempos.»

Ya saben ustedes que Adelina Patti está en Madrid. Su salida en la *Traviata* ha sido un verdadero triunfo. Los admiradores de la *diva española* han tirado la casa por la ventana. Hasta madama de Reské, su rival hasta cierto punto, le ha hecho presente de un ramo estrellado. ¡*Te estrellarías!*, diría, acaso para sí la *prima donna* de la estrella.

¡Qué trajes! ¡santo Dios! ¡qué diamantes! ¡santo fuerte! ¡qué blondas! ¡santo inmortal. Las altas cortesanas de la Corte se han quedado arrolladas, aturdidas, *patalifusas*. Hay altos funcionarios que quieren que sus mujeres se parezcan, ó, por lo ménos, tomen el aire de la Patti; hay jóvenes recatadas que darían todo lo que tienen por ser la compañera de viaje de Nicolini; y hay pollitas, de las de palco y platea, que aseguran formalmente que la Patti es su ideal más puro, artístico, plástico y delicioso.

Ciertos periódicos de la Corte conocidos en Sevilla se permiten sus *chirigotas* acerca del genio de los diablos del Marqués de X, y labran un altar á Adelina, sahumado con el incienso de la adulación más insoportable; llamándose la Patti puede uno permitirse todo, hasta que hagan gracia ciertas cosas que tienen puntas de capricho y apéndices de libertad.

Y divagando un poco, y apartándonos del asunto, ¿no le parece á ustedes que la sociedad es una socarrona de *primo cartello*, que se burla de lo más sagrado, que no necesita más que una capa de celebridad y de brillantes para hacer desaparecer todos los lunares? ¿Que en siendo banquero, torero, ministro ó cantante, se puede uno permitir respectivamente quedarse con el dinero del prójimo, echar en sociedad sapos y culebras con aplauso de los más encopetados, reírse del país ó mojarse de las más santas instituciones?...

Sociedad, te conozco... y te desprecio. Me refiero únicamente á la parte social que no sea suscritora de EL ALABARDERO, porque generalizar mi conclusión sería no conocerla.

S. M. el Rey, según afirman los periódicos de la Corte, ha recibido en audiencia particular á la aplaudidísima *prima donna* Adelina Patti.

En Cabildo. —¿Y la solicitud del Sr. Talavera?

EL SR. PALOMO. —¿Quién piensa en eso?... El Sr. Talavera es Presidente de la Comisión de Obras públicas y no asiste á la Comisión; el señor Talavera es Arquitecto y no dice nada; el Sr. Talavera...

EL PÚBLICO. —¡Olé!... ¡Vivan las personas de gracia!

EL SR. PALOMO. —Y como el Sr. Talavera no ha dicho *esta boca es mía*... ¡velay!

UN CONCEJAL. —Pero ¿no podemos tratar de lo que solicita el Sr. Talavera?

EL SR. PALOMO. —No señor! El Sr. Talavera no se deja ver.

EL CONCEJAL. —No se deja sentir! dirá usted.

EL SR. PALOMO. —Los intereses públicos....

EL CONCEJAL. —¿Á qué viene eso?...

EL SR. PALOMO. —¡Es que no viene!...

EL CONCEJAL. —Diga usted más bien que no cobra.

EL SR. PALOMO. —¿Qué?...

EL CONCEJAL. —Sr. Palomo: no se trata de riadas, ni de cobrar subvenciones; se trata de un proyecto desinteresado y el Sr. Talavera, decorosamente, no debe intervenir!...

EL SR. PALOMO. —Tá, tá, tá... ¿Por qué no viene el Sr. Talavera?

EL CONCEJAL. —Porque no tiene que hacer en Contaduría.

EL SR. PALOMO. —¡Ah!

EL CONCEJAL. —¡Oh!

Yo. —¡¡Pum!!...

Sigue la calle de los Infantes convertida en calle de caballería. Nuestras súplicas, nuestros ruegos, nuestras insinuaciones respetuosas se pierden en el eco que levanta el timbre de D. Paco llamando á todos los porteros del Municipio.

Valiente tío de su sobrino está D. Paco!